

y empedernece las entrañas de los hombres. Humiliana, perteneciente á la aristocracia mercantil de la rica república, fué símbolo de la equidad, de la probidad inflexible, en medio de una familia entregada al agio y á la especulación sin tregua. Mientras su marido agenciaba caudales por todos cuantos medios la ley permite y veda la misericordia, Humiliana en el retiro de su gabinete se consagraba á interior pobreza. Como si la conducta de aquella mujer modesta é íntegra fuera vivo reproche y afeamiento de la ajena, deudos, padres y marido la satirizaban por su generosidad, y la perseguían con odio y burla. Viuda ya, su propio padre, que la veía sembrar dinero entre los necesitados, usó de un infame ardid para desposeerla de todos sus bienes y reducirla á la dependencia. Así vivió Humiliana el resto de sus días, relegada á una torre de su propia casa, sola con la oración, los éxtasis, las visiones, y perturbada aun en aquel asilo por la malevolencia de su parentela. Murió á los veintisiete años legando á Florencia ejemplo de desinterés. La virgen Viridiana no fué menos activa y entusiasta en la caridad. Durante el hambre de Florencia se la vió repartiendo á los pobres los cereales acaparados por su usurero tío; y al reclamar éste furioso los granos, hallólos reduplicados en la troj. Viridiana pidió más tarde al pueblo, de ella tan socorrido y amado, que le pagase el beneficio, sustentándola de limosna los largos años que pasó en una ermita, tapiada la puerta y abierto sólo un ventanillo para recibir la pítanza que arrojaban los campesinos, no sin encomendarse á las oraciones de la penitente solitaria. El ánimo más entero desmayara en aquella reclusión en que el menor descuido de las gentes de los contornos, ó del cura, podía condenar al recluso á

los horrores del hambre. Allí no obstante se mantuvo Viridiana, lidiando en su lúgubre soledad con espectros y apariciones horribles; allí la vió Francisco catorce años después de emparedada, y ciñó á sus escuálidos lomos el cordón de la Orden Tercera. Allí expiró finalmente, de rodillas y con el cuerpo derecho, á guisa de atleta que adopta para morir la postura del combate.

La vida de cada heroína de la Orden Tercera contiene una enseñanza social, maravillosamente adecuada al tiempo y á las circunstancias. Si las virtudes de las Clarisas se dirigen al cielo, como la suave luz de los cirios asciende á lo alto, en cambio las de las Terceras, solicitadas cual el fuego al aire libre por el viento de la lucha, esparcen calor en todos sentidos. Humiliana y Viridiana dieron á una sociedad afanosa de lucro lecciones de desprendimiento: Rosa de Viterbo enseñará á su sexo cómo ninguna modificación política debe ser á la mujer indiferente, por cuanto se enlaza siempre con altos intereses religiosos y morales. No es dable idear, ni con ayuda de brillante fantasía, historia más dramática que la de la graciosísima niña, temprana rosa entreabierta y salpicada aún del rocío de la aurora, á quien los huracanes de la guerra y del cisma sacudieron iracundos, sin poder partir ni doblegar su frágil y erguido tallo. Increíble parece que haya existido la extraordinaria Rosa de Viterbo, y que en los diez y siete años de su brevísima vida se encierre tal suma de actividad y heroísmo. El virginal despojo, el cuerpo tierno y adolescente, que tan presto bajó á la tierra, pudiera pretender el lauro que rodeó las frentes altivas de los grandes patriotas griegos y romanos, si los ángeles no hubiesen tejido ya para las sienas bellas é inmaculadas de Rosa

de Viterbo, guirnaldas de las flores de luz que se crían en las celestes praderas.

Federico II, que llena todo el siglo XIII con sus ambiciosas tentativas de usurpación de la corona universal, con sus combates contra el Papado, con los estragos y depredaciones cometidas por sus feroces tropas, con la tiránica inmensidad de su carácter en suma; Federico, en quien se cifró la colosal opresión de los Césares, y se anunció la tendencia absorbente del Estado moderno, contaba en la ciudad de Viterbo acérrimos partidarios, granjeados quizá más por el terror que por el afecto: y asimismo no le faltaban adversarios decididos que recordasen con orgullo la desesperada resistencia opuesta en 1243 á las tropas imperialistas; defensa digna de otra Numancia, y en que las mujeres tomaron parte arrojando peñascos á los sitiadores, extinguiendo con vinagre el fuego griego, arrancándose con los dientes, por no dar lugar á que estuviesen ociosas las manos, las flechas que se clavaban en su carne. Cuando ocurrió este episodio de las contiendas que desgarraron á Italia, sumaba tres años de edad la criatura Rosa. ¿Qué efecto producirían en su mente precocísima las escenas del asalto? Ello es que Rosa era ya entonces un ser singular. Hija de padres pobres, nacida cuando la madurez de su madre no prometía fecundidad, dicese que al salir del claustro materno se dibujaba en sus labios una sonrisa, y que en todo el período de la lactancia no se la oyó llorar una vez sola. Á gatas, por no saber aún sostenerla sus piececillos, íbase á la iglesia; y los pájaros del cielo, y particularmente las palomas que anidaban en los viejos aleros de los tejados, venían á rodearla y á posarse en sus hombros presurosas. Todo Viterbo andaba embelesado con las

gracias infantiles de la rapazuela, cuyas muñecas y juguetes eran cilicios y recias disciplinas. Vióse el extraño espectáculo de una niña de seis á ocho años, vestida con un sayal, descalza, suelto el rizoso cabello por los hombros, apretado en las manos un crucifijo, predicando penitencia por calles y plazas. Y á cada prodigio de la parvulilla admirable, la opinión pública de Viterbo, suspensa entre el Papa y el Emperador, se inclinaba á la causa del pontífice. Rosa, á quien las monjas Damianitas no habían querido admitir, por su poca edad, en el convento, vivía en su casa en un retiro ó celda; y en medio de las lágrimas que regaban sus mejillas puras, de los disciplinazos que abrían sus carnes inocentes, de los ayunos que demacraban su organismo no desarrollado aún, su pensamiento no se apartaba un punto de las tribulaciones de la Iglesia: oraba por ella y contra Federico. Á los diez años fué á despojarse públicamente de las galas femeniles: cortó la selva de rubios bucles, que encerraban como en nimbo de oro su rostro; se vistió el tosco hábito de terciaria; se ató al talle el cabestro de un jumento, y desde aquel día empezó á exhortar á la multitud á obedecer á la Santa Sede, á resistir á los cismáticos, que á la sazón dominaban en la ciudad. La gente se agolpaba para oír las arengas en que un aura tribunicia y patriótica, un generoso soplo de independencia espiritual, competían con la dulzura cristiana. Encendíanse los pechos, y perdía terreno el César. El padre de Rosa temió la venganza de las autoridades, y airado contra la tierna agitadora, mostrando la fría crueldad de los cobardes, la asió de los cabellos y la abofeteó y arrastró denostándola. Rosa sufrió en silencio y mansamente el mal trato, y continuó con sus predicaciones, subiéndose á los poyos

para ser mejor cida, entrando en los templos y concitando, bajo sus sacras bóvedas, la indignación popular contra el enemigo de la fe. El gobernador de la plaza, no atreviéndose á cercenar en el tajo aquella gentil y amada cabeza, quiso no obstante hacer de suerte que pereciese la candorosa y terrible adversaria del Emperador, y tratándola de embaucadora, visionaria y fanática, le ordenó salir instantáneamente de la villa, sin dejarle tomar abrigo, en crudísima noche de invierno; esperando que la nieve que caía fuese su sudario, y los lobos hambrientos sus enterradores. Mil veces, hasta que rayó la aurora, estuvo Rosa á punto de rodar á un precipicio, ó de sumirse en un pantano: helada y exánime vió lucir la mañana, y su primera idea, al arribar á un pueblecillo, fué encaramarse á un tablado en la plaza pública, y pedir á los habitantes auxilio para el Vicario de Cristo, perseguido por el cisma. Así anduvo recorriendo ciudades y caseríos, sin que descansase en su tarea de despertar á Italia contra el opresor alemán, arrancando lágrimas con la terneza de sus años y la ascética hermosura de su semblante, gritos de entusiasmo con su inflamada elocuencia. Hallando en un pueblo que una vieja predicadora, adicta á Federico, traía soliviantada á la muchedumbre en favor del César, ofrecióse á discutir con ella y convencerla; y cierto, que fué peregrina vista la de una fresquísima primavera arguyendo á un invierno árido y marchito. Al fin, como no se desaferrase de sus ideas la vieja, Rosa apeló al fuego, entrando intrépida por una hoguera encendida, sin que las llamas ofendiesen ni el pelo de su ropa. Muerto Federico, pudo el Papa volver á Italia, y Rosa á su villa natal; y Viterbo la recibió en triunfo, al repique de las gozosas campanas, y al eco de músicas y vito-

res. Mas Rosa sentía que, no existiendo ya el perseguidor de la Iglesia, la defensora del pontificado había terminado también su labor y objeto en el mundo. Escondiéndose del amor popular, que la festejaba y aclamaba, buscó el retiro de un claustro. En ningún convento la quisieron recibir, porque asustaba á las hijas de paz lo extraordinario de la vocación y de la persona de Rosa. Profetizó entonces que si las monjas no la acogían viva, no se eximirían de albergarla difunta. Dispúsose á morir serenamente, y á poco rindió su alma. Tenía diez y siete años. Vióse sobre su sepulcro una fragante rosa, y su cadáver reposó en efecto en el monasterio de Clarisas, que en señal de veneración impusieron al monasterio el nombre de la joven Santa (24).

Al lado de la figura de Rosa, semejante á vengador ángel que encarnase en el delicado cuerpo de una virgen, se destaca la de la rehabilitada cortesana, la Magdalena de la Edad media, Margarita de Cortona. Toda la poesía dolorosa de la expiación que embellece á la arrepentida del Evangelio, se encuentra en la historia de Margarita. Libre y cortejada en su mocedad, vivió escandalizando á Albiano con devaneos, galas y amoríos, no velados por la prudencia, con un mozo noble, espadachin y libertino. Una noche esperó en vano al amante, que no acudía á la cita; turbada por la ausencia, guiada por los ladridos plañideros de una perrilla fiel, muy favorita del galán, rastreó las huellas de éste, y hallóle en un lugar desierto, bajo un haz de paja, cosido á cuchilladas, y ya fétido é hirviendo en gusanos. Cuando Margarita hubo dado rienda suelta á los sollozos, cortádose el cabello, pisoteado sus atavics, pedido perdón á sus padres y á Albiano todo de su conducta, herido el rostro con las

manos, arrastrándose á los pies de los hombres en demanda de piedad y redención, se encontró con que éstos, que liviana la festejaban, la rechazaban penitente; tuvo que sufrir injurias, repulsas del padre, fierezas de la madrastra, y al fin fué arrojada ignominiosamente de la casa paterna, con su hijuelo, para que mendigase el pan por los caminos. Entonces la desamparada mujer, estrechando en sus brazos al fruto de sus entrañas, se sentó bajo de un árbol, y miró al mundo, hallándose tan sola, que su alma se despedazaba de dolor. Y en aquel absoluto abandono, vió de pronto ante sí al mismo Jesucristo, que le prometía ayuda, consuelo, misericordia. Al eco de la voz del Redentor, Margarita se alzó, y fué en busca de un asilo: lo halló en Cortona. Los franciscanos, desconfiando al pronto de la conversión de la pecadora, concluyeron por ceñirle el cordón de la Tercera Orden y admitir á su hijo en el convento. Margarita lloraba día y noche; estremecían sus horribles penitencias; intentó cortarse los labios para perder su peligrosa hermosura; públicamente se acusaba de sus extravíos, y cuando la gente la miraba con desprecio, exultaba, sintiendo el brazo de Jesús que la sostenía amorosamente. En los días solemnes de la Pasión, Margarita iba tras de Jesús por la vía del Calvario; experimentaba las angustias de las santas mujeres ante los tormentos del pretorio y de la Cruz; y, como Magdalena, preguntaba á cuantos hallaba por el paradero de su Amado (25).

Bajo la regia púrpura se ocultó no pocas veces el humilde cordón de penitencia. Isabel de Portugal (26), casada en tierna edad con Dionisio, era víctima de las celosas sospechas de éste. Desconfiaba, sobre todo, el monarca de un pajecillo devoto y humilde, á quica

distinguía la Reina. Dionisio envió al mancebo á un mensaje, haciéndolo portador de una carta fatal como la de Urias, que sentenciaba al que la entregase á perecer tostado en un horno. Por extrañas peripecias no fué el pajecillo favorito de Isabel el que llevó la misiva, y pereció en la abrasada boca, sino otro paje que, envidioso y maldiciente, despertara el recelo en el ánimo del Rey; con cuyo suceso, Dionisio imploró el perdón de Dios y de su esposa, y se trocaron en respeto sus dudas. Cuando Isabel hubo enviudado, descubrió el hábito de terciaria, usándolo en público durante el resto de sus ejemplares días. ¿Y qué diré de la tía de esta Isabel, que llevó el mismo nombre, la dulce landgravesa de Turingia, que elocuente y gallardamente no haya expresado su ilustre biógrafo Montalembert? En la catedral gótica de Marburgo, entre los esplendores de la airosa fábrica, perteneciente á lo más selecto del arte ojival, acertó el conde de Montalembert, viajero que iba allí en busca de recuerdos é impresiones, á divisar una estatua de mujer, de líneas puras y delicadas, ceñida á un pilar por el angosto plegado del traje que caracteriza las esculturas hasta el siglo XIV; vió allí también cuadros en tabla, ya denegridos y confusos, relieves desperfilados é inciertos, y su soñadora fantasía, su alma de artista, evocó la memoria de santa Isabel, y de la visita á la catedral de Marburgo nació un libro hoy célebre (27). Declara Montalembert, en frases conmovedoras, la melancolía que le inspiró ver el templo de la Santa de Turingia, sellado con el abandono, desnudez y soledad propias del culto protestante; los altares desiertos y desgarrados en el día de la festividad de Isabel; vacío el cofre de plata de donde un descendiente de la Santa, adicto á la Reforma, extrajo las cenizas venerables

para aventarlas con furia ; y, finalmente, el pueblo, tan caro á la buena duquesa, y ya olvidado de su nombre y devoción. En verdad que no es maravilla que una mente de artista y poeta se enamore del encanto de la vida y carácter de Isabel de Hungría. La mujer joven y de angélica hermosura, á quien Murillo representó en el acto sublime de lavar con sus blanquísimas y suaves manos las costras repulsivas que cubren la cabeza de un muchachuelo mendigo, es uno de los tipos más interesantes que ofrece la Edad media. Hija de reyes, desposada mientras duraba su lactancia, enviada á los cuatro años de edad á la corte del padre de su esposo, como arbusto exótico que tempranamente es trasplantado porque vaya haciéndose á nuevo y más riguroso clima; colocada tan ternezuela entre la seca y despótica autoridad de su suegra y la envidiosa malevolencia de su cuñada, ya desde el albor de la niñez atrae y conmueve el destino de Isabel. Á los cinco años la vemos pedir misericordia para los verdugos de su madre, alevosamente asesinada; y cuando por muerte de su buen padre político el duque Hernán, queda á merced de cuñada y suegra, comienzan á ser objeto de tedio y mofa sus precoces devociones, de burla se humilde modestia. Pero el hermano, el elegido de su corazón, el joven duque Luis, no perdía de vista á su tierna novia, y enviándole un día un precioso joyel, le prometió el cariño conyugal, que sólo hubo de interrumpir la muerte. Luis é Isabel dieron á Turingia el espectáculo de la unión de dos almas puras : Luis se inclinaba á la virtud viril de la justicia, en Isabel rebosaba la virtud divina de la misericordia; y aun por eso, siendo Luis tan ilustre príncipe, Isabel le aventaja muchos quilates en santidad. Mientras Luis reprimía á los blasfemos, á los usureros; mien-

tras limpiaba á Turingia de malhechores y gente perdida, Isabel curaba las llagas de los leprosos, asistía á los niños enfermos con regalos y mimos de madre, se privaba de lo más necesario por acudir á remediar las estrecheces del pueblo. Su alma fué sujeta á pruebas que la acendrarón más aún. Á los veintiún años perdió al esposo ejemplar y único, á quien perniciosas calenturas concluyeron en las Cruzadas; y los hermanos del duque Luis, usurpando el poder, arrojaron á Isabel y sus tiernos hijos del palacio. Hallóse la duquesa de Turingia sola, en la calle, rodeada de criaturas transidas de frío y sueño; y cual si todos los corazones del pueblo ingrato fuesen de pedernal, no hubo quien le abriera su puerta y le diese un rincón junto al fuego; aquella noche los herederos de la corona de Turingia y la viuda del duque reposaron sus miembros cansados en una pocilga de puercos. Cuando al amanecer oyó Isabel la campana de un convento de Franciscanos, corrió á él, llevando de la mano á los inocentes niños hambrientos, é imploró una limosna; y los pobres de profesión socorrieron aquella mendicidad regia, á riesgo de concitar las iras de los usurpadores (28). Era tal el desamparo de Isabel, que hasta una aviesa vieja, á quien por señas había mantenido en los hospitales de su fundación, osó arrojarla en el lodo de la calle, cubriéndola de dicterios: y era tan grande su ánimo, que se alzó de la inmundicia charca con la sonrisa del perdón en los labios. Más tarde, cuando tras dolorosas tribulaciones tornó Isabel á poseer su rango en la corte, y su mismo cuñado Enrique se arrepintió de la maldad cometida, se la vió renunciar al poder, reirse de las vanidades, resistirse á nuevas nupcias, y morir á los cinco lustros no cumplidos, después de una existencia que envidian los sera-

finés. Isabel fué la que primero vistió en Alemania el hábito de la Tercera Orden; y en verdad que realiza el ideal de la institución de Francisco: esposa amante cual ninguna, madre embelesada con sus hijos; gobernadora dulcísima para sus reinos, todas las amables virtudes del mundo se unieron con las altas perfecciones del claustro para coronar su hermosa frente (29).

La Orden Tercera contó en el siglo XIV con Ángela de Foligno, escritora mística, cuyos libros, aprobados por la Iglesia, corren en varias lenguas traducidos; cuya razón investigadora se paró á considerar gravemente los problemas de la naturaleza y de la gracia, de la eternidad y del tiempo.

En la misma centuria dieron olor de suavidad Cristina Maccaboi, cabeza de una congregación de Terceras, y Micaelina Metelli, que repartió sus bienes á los menesterosos, quedándose con sólo la ropa que llevaba puesta; Juana María de Maillé, que usando públicamente el hábito de penitencia, edificó á Tours; Isabel *la Buena*, admiración de la villa de Constanza; Delfina, la perfecta consorte de Elceario, que fué sepultada cabe la tumba de su marido con el sayal franciscano.

Adelantado el siglo XV, aparecen: Angelina, condesa de Civitella, cuyo sarcófago sudó gotas de sangre al entrar los turcos en Constantinopla; Isabel Amerina y la pia Paula Gambará.

Ángela Merici, fundadora de las Ursulinas, corresponde al XVI; así como Jacinta Mariscotti, la doncella orgullosa y mundana, que despertándose, á los veinte abriles, de sus sueños de vanidad, vivió cuidando á los enfermos con total abnegación, y la noble viuda Luisa Alberoni, cuyo monumento funerario ideó Bernino.

Aun en los siglos XVII y XVIII no se interrumpe la gloriosa tradición de la Orden. En 1667 muere en España Juana de la Cruz, notable autobiógrafa; á la misma era pertenecen: Beatriz de Langa, que produjo varios libros de piedad; Isabel de la Paz, enterrada en el convento de San Diego de Murcia, poetisa y escritora insigne; é Isabel de Medina, autora de epístolas ascéticas.

El siglo XVII fué también testigo del martirio de tres valerosas hermanas terciarias japonesas: la raza asiática no desmintió en las mujeres su firmeza para el testimonio de la fe; expiraron todas tres en las llamas, entonando con jocunda y alta voz las letanías.

Finalmente, en 1715 nace en Nápoles Francisca de las Cinco Llagas, cuyo cuerpo sufrió los dolores, desgarramientos y torturas de la redentora Pasión.

Contemplando la áurea cadena que forman al través de las edades las almas de estas mujeres unidas por el pensamiento de Francisco, aprenderemos á tener confianza en el inmortal espíritu que sopla donde quiere y desciende sobre toda carne, ya sea la delicada de la mujer ó del párvulo. Aun cuando el escalpelo agudo y las finas pinzas del anatómico y del fisiólogo disequen uno por uno los nervios, los tejidos, las fibras del cuerpo femenino, penetrando hasta los últimos grupos de células y los centros nerviosos más complicados; aunque pesando el cerebro y analizando el organismo de la mujer, intenten demostrar que en vaso tan frágil y quebradizo no se acomoda un alma igual á la del varón, cualquiera de los nombres que han llenado estas páginas, — Clara, Rosa de Viterbo, Isabel de Hungría, — es réplica elocuente á tales afirmaciones. La mujer, que conquistó su personalidad al venir al mundo la ley de amor, mantendrá, gracias

á esta ley, el derecho contra el concepto materialista que en nuestros días la amenaza con nueva esclavitud.

Antes de perder de vista las gentiles ó heroicas figuras que en este capítulo nos acompañaron, recordemos que Francisco, como Jesucristo, halló en las mujeres corazones prontos á la simpatía, ecos de las ansias del suyo. Ya en los antiguos libros de las Sibilas parece que están consignados vagos presagios del papel que Francisco había de representar en la historia: diez años antes de que naciese el Santo de Umbria, vió en espíritu Hildegarda, sosteniendo y consolando á la Iglesia de Dios (31); Clara suspiraba por Francisco sin haberle conocido aún; Jacoba de Sietesolios ungió y enjugó sus llagados pies, como Magdalena los del Nazareno, y fué su amparadora, sierva y amiga hasta después de la muerte; y por último, cuando al empezar Francisco su transformación, padre, hermanos, consocios, el mundo entero, lo bebaba y escarnecía, sólo hubo un alma que vibrase al compás de la suya, un ser que le comprendiese: su madre.



NOTAS.

(1) Quedan de santa Hildegarda varios libros de *Revelaciones*, ricos en doctrina. Falleció en el último tercio del siglo XII, y la Iglesia celebra su fiesta el 17 de setiembre.

(2) No hay que confundir á estas beguinas condenadas por el concilio de Viena, y que profesaban el iluminismo, el quietismo y otras supersticiones, con las beguinas que fundó Lambert el Tartamudo en Lieja en el siglo XII, y que subsistieron y subsisten aun hoy aprobadas por la Iglesia.

(3) Sabida es la sumisión y el entusiasmo que Tanquelino halló en sus prosélitas. Á una señal suya todas le ofrecieron las joyas que llevaban puestas, como regalo de boda, en sus sacrilegos desposorios.

(4) Santa Clara y san Francisco recibieron las aguas del bautismo en una misma pila.

(5) *Ha mangiato tutta la notte piombo, non fa quindi meraviglia se pesa tanto.*

(6) En San Damián se guardan los restos de santa Clara, y con ellos un anillo dado por Inocencio IV cuando comió en el monasterio. Vese también tapiada la puerta por donde salió Clara con el Sacramento á alejar á los sarracenos.

(7) «Habiendo comenzado los frailes Menores (en el entierro de Clara) el oficio de difuntos, el Papa quería que se cantase el de las Virgenes, como para canonizar de antemano á la Santa: pero el cardenal de Ostia le representó que no convenia apresurarse tanto.» (Rohrbacher, *Histoire de l'Église catholique*, T. XVIII, pág. 583.)

(8) Este privilegio, escrito todo de la mano apostólica, parece ser único en los anales de la Iglesia.

(9) *Fioretti di S. Francesco*, cap. xv.

(10) Celébrase la fiesta de Santa Inés el 16 de noviembre.

(11) Fundó la abadía de Longchamps. Declaróla bienaventurada León X.

(12) Á Inés de Bohemia escribió santa Clara epístolas eloquentes y bellas. Traducimos para muestra de su estilo el encabezado de una: — « Á la mitad de mi alma, al santuario particular del cordial amor, á la serenísima reina Inés, mi carísima madre é hija especialmente querida sobre todas: Clara, indigna sierva de Cristo, y sierva inútil de sus siervas, que habitan el monasterio de San Damián, manda salud, y gracia de cantar con las otras vírgenes santas el nuevo cántico delante del trono de Dios y del Cordero, y de seguirle adonde quiera que vaya ».

(13) « Algunos sacerdotes alzaron contra ella acusaciones de herejía: predicaba el radicalismo de la pobreza, del desprendimiento, de la abnegación absoluta: debía, pues, estar tocada de la herejía de los Husitas. » (Chavin de Malán, *Histoire de saint Franq. d'Assise*, cap. iv.)

(14) Escribió santa Catalina de Bolonia los tratados siguientes: *Las siete armas para la batalla espiritual*, *De algunas particulares revelaciones*, *Opúsculos varios en prosa y verso*, *Rosario métrico de la vida de la Virgen María y de los misterios de la Pasión de Cristo*. (Consta este último de 5610 exámetros latinos, que todos terminan en la sílaba *is*, es decir, *Jesus*.)

(15) *Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia: historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora nuestra, María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia: manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora á su esclava sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inma-*

culada Concepción de la villa de Agreda, de la provincia de Burgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre San Francisco: para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia católica, y confianza de los mortales.

(16) Después de muerta la Venerable, el general de la Orden Franciscana trató de examinar minuciosamente sus escritos: á cuyo efecto se juntaron ocho teólogos franciscanos, de lo más granado y respetable. Varios meses invirtieron en el examen, resultando aprobados los libros y encargados de comentarlos y anotarlos los doctos Jiménez Samaniego y Sendín Calderón. Ya en vida de la Venerable sujetara Felipe IV sus libros á la censura de varios teólogos y obispos que los aprobaron y admiraron. Hízose la primera edición de la *Mística Ciudad de Dios* el año de 1670 en Madrid, en la imprenta de Bernardo de Villadiego. Cuarenta años después había sido reimpresa en Barcelona, en Valencia, en Amberes, en Marsella, en Panormo, en Milán, en Trento, en Bruselas, en Aversa y en Augsburgo, y traducida á cuatro idiomas vivos y al latín, sin que en ello interviniesen los Franciscanos, sino el gran renombre de la obra. Al hacerse la edición de Madrid, fué denunciada á la Inquisición, denuncia que dió origen al larguísimo y célebre juicio que vamos á referir. La Inquisición examinó la obra siete años: después presentó á los Franciscanos las objeciones que se le ofrecían: ésta dió sus respuestas: formóse junta de inquisidores calificadores: cinco años duró el examen nuevo: y al cabo paró en aprobar la obra en 1686. Los émulos de la Venerable la denunciaron entonces á la Inquisición de Roma: prohibió ésta la *Mística Ciudad*; pero á los cinco meses alzó la censura el Papa. Entonces los adversarios acudieron á la Sorbona, que después de leve examen y apasionada contienda, en que llegaron á formarse dos bandos, llamados de *Agredistas* y *Antiagredistas*, tachó varias proposiciones y condenó la *Mística Ciudad*. Comenzaron á llover apologías é impugnaciones. Carlos II ordenó á las universidades primadas del reino examinasen la obra, y Salamanca y Alcalá la aprobaron unánimes; Inocencio XII, en vista de ello, reservó esta causa para su particular decisión. Clemente XI ordenó borrar la *Mística Ciudad* del Índice de los libros prohibidos, en que por descuido aun andaba. La Universidad de Lovaina la estudió y aprobó á su vez. Por todo el siglo XVIII continuó, no obstante, la discusión acerca de los escritos de la Venerable: hubo ataques sañudos y vigorosas réplicas: la fama, el rumor del extraordinario libro llenaba á Europa. Tradújose no sólo á las lenguas más generalmente conocidas, sino á algunas tan

extrañas como la griega, flamenca y arábica. Fuera interminable el catálogo de los insignes defensores de esta obra. En cuanto al espíritu de ella, consta del examen que la autora siguió en muchos puntos á santo Tomás; en algunos, pero contados, á Escoto. Nos hemos extendido en referir las vicisitudes de la *Mística Ciudad de Dios*, porque aparte del valor intrínseco de la obra, ellas solas bastan para darle interés extraordinario.

(17) La obra de la venerable madre sor María de la Angustia se titula: *Desengaño de religiosos y de almas que tratan de virtud*. Forma un voluminoso infolio, y á pesar de su título, no tiene carácter didáctico.

(18) Natural de Getafe, religiosa de las Descalzas de Manila.

(20) Abadesa del mismo convento de Manila.

(21) Escribió su vida el padre Rodríguez de Cisneros.

(22) *Timeo ne dum Deus nobis abstulit uxores, diabolus nobis procuraverit sorores.*

(23) Dice así: — «Á la carísima hermana Clara y á las demás hermanas de San Damián: Francisco, salud en Jesucristo. Ya que por divina disposición os habéis hecho hijas y siervas del Altísimo, del Rey supremo, del celeste Padre, y habéis elegido al Espíritu Santo por Esposo vuestro, á fin de vivir según la perfección del Evangelio, os prometo tener siempre cuidado de vosotras, bien en persona, bien por medio de mis frailes, con la misma solicitud y vigilancia que por ellos debo tener. Os saludo en el Señor.»

(24) Santa Rosa de Viterbo fué canonizada por Calisto III. Aunque Rohrbacher no le da sino doce ó trece años de vida, la opinión más común de los autores es que murió á los diez y siete años.

(25) Santa Margarita de Cortona fué canonizada por Benedicto XIII.

(26) Santa Isabel de Portugal fué canonizada por Urbano VIII. Era hija de Pedro III de Aragón y biznieta de Federico II de Alemania. La admirable prudencia de su reinado hace de ella un cumplido modelo de *mujer fuerte*.

(27) *Historia de santa Isabel de Hungría, duquesa de Turingia*, por el conde de Montalembert, par de Francia.

(28) La primera idea de Isabel al entrar en el convento, fué rogar á los frailes cantasen el *Te Deum*, en acción de gracias por la tribulación sufrida.

(29) Santa Isabel de Hungría pasó de este mundo el 19 de noviembre de 1231. Al ser trasladado su cuerpo, un año después, el emperador Federico II, que viuda la pretendiera en casamiento, se acercó descalzo y vestido de sayal á depositar una corona sobre la frente del cadáver, diciendo que pues no pudo coronarla emperatriz de sus estados en vida, la coronaría reina del cielo en muerte. Uno de los pormenores más poéticos y legendarios de la historia de Isabel es el célebre certamen de la *Wuartburga*, que precedió á su nacimiento y que refiere Rohrbacher en los mismos términos que Montalembert.

(30) En este siglo se cuenta entre las Terciarias á la célebre estigmatizada de Bois de Haine, Luisa Lateau, y á otra estigmatizada en Oria (Italia) cuyo nombre es Palma.

(31) He aquí cómo se refiere la profecía de santa Hildegarda: *Vidit Sancta Hildegardis in spiritum Ecclesie Dei facie quidem pulcherrimam, sed pulvere plenam, dicentem sibi: Vulpes foveas habent, volucres caeli nidos; ego autem adiutorem non habeo, nec baculum, super quem incumbam, et a quo sustenter: statimque suscitabit sibi brachium Domini Pauperem, et sustentaculum Ecclesie Sanctum Franciscum.*

